

Aurea

Bibliographica

Faltaba una bibliografía como...

BASTA mencionar el Amadís de Gaula para que todo lector medianamente informado evoque inmediatamente los libros de caballerías del Siglo de Oro y, de paso y por su culpa, el Quijote de don Miguel de Cervantes. De las muchas aportaciones de las letras españolas a la cultura lectora de la historia de la literatura, los dos títulos que acabo de mencionar representan la asociación inmediata con la ficción, y digámoslo sin ataduras diacrónicas de rotulaciones: de la novela, y, para mayor abundancia de los millones de lectores a lo largo de más de cuatro siglos, de la literatura; añadiría sin necesidad de ninguna justificación: del placer de la buena literatura. A la zaga de las aventuras de Amadís, que hunde sus raíces en el complejo entramado del roman medieval, amaneció en la España de los inicios del siglo XVI un género propio, que deslumbró a los lectores de la Europa renacentista y prolongó su significación imaginativa en las nuevas tierras descubiertas por Colón; Cervantes, a comienzos del siglo siguiente, dejó grabado en la memoria de todos los cautivados por las peripecias del alucinado hidalgo manchego, que se transtornó vitalmente por la propia literatura, el recuerdo imperecedero de un género que alumbró sin duda alguna la génesis de su obra.

Los libros de caballerías no se reducen al Amadís de Gaula, con su particular ciclo de continuaciones que llegan a la docena de textos nacidos de su memoria, sino que alcanzan a lo largo del siglo XVI y comienzos del siglo XVII cerca de setenta títulos, como muestra de una persistente demostración de efervescencia lectora que atraía sin remedio a todas las clases sociales. De nada sirvieron a lo largo de todo el siglo las críticas continuas de moralistas y censores, que atacaban una constitución literaria que no se sujetaba al didactismo ni a la ejemplaridad, ni por supuesto la cierta mediocridad de algunas obras que rendían culto a la desafortunada imaginación de autores de segunda y tercera fila hoy prácticamente desconocidos.

Se escribieron muchas obras y se ha escrito mucho (muchísimo) sobre ellas, hacía tiempo que faltaba una bibliografía como Dios manda para andar entre las elocubraciones de muchos aficionados sobre el género y, tras algún loable intento, la tienen ya todos los lectores interesados a su disposición como inapreciable regalo del nuevo milenio: Bibliografía de los libros de caballerías castellanos [Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza (Colección Humanidades, 40), 2000, 516 pp.] y se la debemos a dos avezados críticos caballerescos: los profesores Daniel Eisenberg y M^{ra} Carmen Marín Pina. El primero de ellos ya publicó hace ahora once años la primera recopilación bibliográfica sobre nues-



tro asunto, su Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century, que supuso en aquel momento la piedra angular del conocimiento real sobre un género necesitado urgentemente de un tratamiento bibliográfico de choque; pero aquella monografía, tan aprovechada desde su aparición, no era sino una de las muchas aportaciones que este hispanista americano, tozudamente minucioso en todos sus trabajos, había arrojado a la palestra sobre el mejor entendimiento de la complejidad y extensión de nuestro género. Algunas docenas de entradas bibliográficas, con libros, artículos, reseñas y ediciones, le situaban desde los inicios de los años setenta a la cabeza de la investigación puntera sobre los libros de caballerías españoles, y es una tarea que no abandonó jamás hasta culminar en esta bibliografía que ahora comentamos.

M^{ra} Carmen Marín Pina, Profesora de la Universidad de Zaragoza, es una de las representantes más cualificada de las nuevas generaciones críticas surgidas en la universidad española, donde se doctoró a finales de los años ochenta con una Tesis monumental sobre el ciclo de los Palmerines. Maña de convicción (y eso dice mucho cuando es bueno), ha llenado el último decenio con más de 20 trabajos sobre aspectos singulares del entendimiento de los libros de caballerías españo-

de Víctor Infantes

les, con una perspicacia crítica que sólo es posible tener cuando se conocen los textos de primera mano, se saben además leer como lector y como erudito y, sobre todo, se saben entender en los contextos literarios e históricos donde se produjeron; sus aportaciones representan esa nueva sabiduría de la filología universitaria más rigurosa, cuando se sustenta en la seriedad y en el rigor del análisis crítico.

Ambos, después de años de investigaciones, nos han ofrecido esa carta de navegar por los libros de caballerías castellanos —el Cifar, el Tirant y las aventuras italianas son otras especies literarias— a la que tendremos necesariamente que recurrir para asombrarnos con la mucha literatura que produjeron y con la inmensa crítica que les acompaña desde hace más de doscientos años. Las más de 2000 referencias bibliográficas, acompañadas de su correspondiente comentario crítico cuando se considera imprescindible y esto ocurre en la mayoría de los casos, están organizadas formalmente en dos apartados, uno de introducción, con las “Fuentes bibliográficas” (entradas 1-96) y “Obras generales” (entradas 97-622) y otro con la relación de todas las obras conocidas —algunas sólo a través de una mención indirecta o de una cita secundaria— por riguroso orden alfabético (entradas 623-2069); dentro de ellas, se presentan en primer lugar los manuscritos o las ediciones originales, con las localizaciones concretas en bibliotecas de todo el mundo y las aclaraciones pertinentes de su propia historia bibliográfica, junto a las ediciones modernas de la obra, y a continuación, por orden cronológico, todas las aportaciones críticas sobre la misma, en muchas ocasiones con un sistema de referencias cruzadas que remiten a estudios comunes o a otros ya citados en otros asientos. Todo ello, y hablamos de más de 2000 entradas, 2092 para ser exactos si sumamos las recogidas en un breve “Apéndice” final, controlado, leído, mencionado y citado críticamente hasta la extenuación bibliográfica más obsesiva, con una decena de índices que facilitan la búsqueda para todas las consultas.

Ya he recordado en algunas ocasiones que este tipo de libros, los catastros bibliográficos que todo tema que merezca debe tener, es por donde empieza realmente el conocimiento de la significación de una materia, y a ellos no se llega desde la comodidad de las fuentes de segunda mano ni sentado en el sillón con la esperanza de que aparezcan por sí solas las referencias bibliográficas; hace falta método, horas y paciencia (en especial mucho de las dos últimas cosas). Quienes abordan estas tareas, con el rigor y la eficacia de esta ocasión, no sólo se han ganado con creces el cielo de la bibliografía, sino que aquí en la tierra de los libros nos enseñan continuamente cómo se deben hacer bien las cosas.

